

¿PALABRAS SEDICIOSAS?

El último invento de los países dictatoriales es envolver su realidad con palabras que parecen dar otra impresión muy distinta a esa realidad. Eso ocurre en Brasil, donde la tensión con la Iglesia es creciente, y tiene diversas manifestaciones prohibitivas aparentemente inocuas, explicadas posteriormente de forma que parezca lo más natural del mundo.

Desde 1958, el padre José Comblin estaba al servicio de la Iglesia católica en el Brasil. Es un sacerdote belga muy conocido por el cambio progresivo que ha dado en su mentalidad y en actitud apostólica. Ya hace años —en plena crisis de la Acción Católica en España— publicó un libro sobre los problemas de fondo de este apostolado, que hacía pensar, porque planteaba muchos interrogantes sobre la labor, más aparente que real, de esta asociación en el mundo católico. Después ha seguido publicando libros cada vez más interesantes sobre temas de gran actualidad —como la teología de la acción, la Resurrección, la violencia, etcétera— y adoptando un apostolado crecientemente comprometido con los problemas de hoy.

Los obispos brasileños considerados como progresivos, Dom Helder Cámara, Dom Fragozo, Dom Waldyr Calheiros y Dom Soares, han sido los que más le han impulsado y defendido en su renovadora actitud.

Pero al regresar el 24 de marzo de su país de origen, el padre José Comblin se encontró sorprendido porque la Policía le invitó a marchar a Bélgica nuevamente después de haber sido violentamente revisado su equipaje, requisados sus papeles e interrogado durante tres horas. Entre las curiosas acusaciones recibidas se encuentra, en primer lugar, la de haber utilizado la palabra «concienciación».

Esto que, a primera vista, parece sin importancia, entiendo que es de gran trascendencia, y que debe ser meditado por todo creyente o increyente, ya que el único camino de mejoramiento y desarrollo humano del mundo es el conocimiento de la realidad, como único punto de partida sólido para construir algo que sea positivo en el desarrollo de las relaciones humanas y en la convivencia y bienestar de la Humanidad.

Por eso es importante fijarnos en la prohibición del empleo de esos términos, ya que dan la clave de lo que hay en el fondo tras de esas prohibiciones.

Únicamente un pensamiento claro sobre la realidad que nos envuelve en el mundo de hoy, nos salvará. Eso es lo que ahora empiezan a hacer algunos pensadores creyentes y no creyentes, a diferencia de lo que casi todos hacían en una época anterior. El pensador antes se dedicaba a la elucubración sutil de carácter idealista. Hoy, en cambio, empiezan a ser valorados todos los pensadores realistas, porque son los únicos que ayudan a los hombres a saber el terreno que pisan y las posibilidades de cambio y transformación que existen y que debemos emplear al máximo, evitando toda discusión bizantina o toda especulación en el vacío.

El obispo Helder Cámara ha diagnosticado así la situación: «Lo que es particularmente grave, en el caso de la expulsión del padre Comblin, es que resulta un ejemplo más de la marginación de la clase pensante. La desgracia se cierne sobre quien osa tener y ejercer una conciencia crítica... Y esto ocurre cuando van a comenzar las conmemoraciones oficiales del cincuentenario de nuestra independencia política... Quien piensa que la Iglesia se mezcla con la política —por fomentar esta conciencia realista— le recordamos, ahora y siempre, que si este comentario es considerado como político, solamente puede ser en el sentido más elevado y más profundo de tener preocupación por lo que es esencial al bien común». (La Croix, 29 de abril de 1972.)

La Iglesia católica cada vez está yendo más en este sentido, y así lo han manifestado tanto el Papa Pablo VI como la Comisión Pontificia para las Comunicaciones Sociales. Ambos han dicho, en estos días de mayo, cosas dignas de meditación por unos y por otros; reconociendo indirectamente que la Iglesia había sido, en estos últimos siglos, la defensora —para ella misma y para los demás— de una cauta ignorancia social. Hoy, por el contrario, está dando un giro de 180°, al menos en la exposición de su doctrina.

Que antes no era así lo reconoce el Documento de la citada Comisión Pontificia, cuando asegura que «las instituciones eclesásticas han dado pruebas, cada vez mayores, en estos últimos tiempos, y a todos los niveles, de su deseo de mejorar los ser-

vicios propios, adaptándolos a las exigencias modernas de la información». Luego antes no daba esa prueba, y todavía no la da del todo.

El *leit motiv* de todos los hombres debe consistir en ser «incitados y animados con la perspectiva de que la verdad sirva para conducir a los seres humanos de hoy a aquella unidad a la que todos aspiran en nombre de la fraternidad y de la paz». La razón es muy simple: «La verdad es como el aire puro para los órganos vivientes, algo indispensable para el desarrollo armónico del hombre (que es un ser que piensa y quiere) y de la sociedad humana, que no puede subsistir en sí misma, sino en un clima de información y de relación humana auténticas».

Y esto no solamente en el mundo y en la sociedad civil, sino también en la Iglesia, ya que no se puede hablar con sinceridad de información de la verdad, si después ésta se oculta en parte o se disfraza en una actitud de conformismo intelectual y práctico inaceptables. Así lo dice también el Documento Pontificio, cuando asegura que este respeto a la verdad «no significa que se exija un anodino conformismo ni que se limite la legítima libertad de opinión».

Hoy, por fin, «la Iglesia reconoce a todos el derecho a una conveniente libertad de expresión y de ideas con todo lo que esto comporta», a pesar de lo que dijese en el siglo pasado, lo contrario, en el famoso catálogo de errores confeccionado por la Santa Sede llamado Syllabus, y en el cual se condenaba claramente esta libertad de expresión como un nefando error.

Ahora es ya completamente normal que el Papa también diga, aclarando una cuestión que siempre se intenta que esté confusa en el mundo actual, que «no es cierto que la Iglesia deba ocuparse únicamente de los valores morales y religiosos y olvidarse de los económicos y temporales».

El día 1 de mayo —festividad también de San José Obrero— lo publicó así Pablo VI. Y se opuso a la interpretación que muchos dan de la actuación de la Iglesia en el mundo del trabajo. Con toda razón —creo yo— se había dicho que muchas veces la Iglesia era conservadora, y que recordaba más bien los derechos de los ricos y los deberes de los económicamente débiles; pero cada vez más, a partir de León XIII, se ha ocupado de estos últimos, y poco a poco puede decir que su actitud ya no es la «de paralizar las reivindicaciones de los trabajadores, instrumentalizar su número, frenar el impulso de las conquistas, para mantener en pie el castillo de la religión», como ahora asegura el Papa.

No obstante, cada vez se hace más necesario que la burocracia de la Iglesia tenga más cuidado en sus actitudes y comentarios, porque frecuentemente ocurre que es más fácil «predicar que dar trigo», como muy bien dice nuestro popular refrán. Y últimamente ha dado ejemplo práctico la Iglesia oficial de adelantarse mucho más en el pensamiento que en la realización. Y así, cuando 33 teólogos de todo el mundo han hecho un análisis (en mi opinión comedido) de la situación estructural de la Iglesia católica en este momento, recibe en seguida la repulsa de los organismos vaticanos. Y constantemente se preocupan los obispos de dar advertencias contra estos grupos que no son conformistas, como ocurre actualmente en Italia y en Francia. La Conferencia Episcopal Italiana hace una declaración pública de adhesión a Pablo VI, y condena las observaciones críticas de muchos católicos de ese país contra ciertas actitudes o del Papa o de la Santa Sede, y resulta igualmente incoherente que le moleste a esta Conferencia Episcopal el manifiesto de estos 33 teólogos europeos y americanos «contra la resignación en la Iglesia», ya que los documentos pontificios que antes cito dicen todo lo contrario: que nunca debemos ser conformistas.

Igual han hecho los obispos franceses en torno a la abadía de Boquem, conocida por sus reflexiones y actitudes abiertas hacia un replanteamiento de la vida cristiana de acuerdo con las necesidades del mundo de hoy. Y, sin embargo, a pesar de las advertencias episcopales, 1.600 franceses se han reunido en esa abadía benedictina en unas jornadas de reflexión y diálogo serio, para plantear los problemas de su cristianismo personal ante el futuro del mundo, porque han tomado más en serio la necesidad de «concienciación» que sus propios obispos.

Las palabras que el mundo conservador llama «sediciosas», la Iglesia oficial las empieza a aceptar; pero todavía lo hace mucho más de palabra que de obra, y esto no puede tener ninguna consecuencia buena para su porvenir.

MIRET MAGDALENA